

Carta a Valentinov o Los peligros profesionales del poder

Khristian Rakovsky

2 de agosto de 1928

(Versión al castellano desde “Lettre à Valentinov”, en *Cahiers Léon Trotsky*, número 18, junio de 1984, Grenoble, páginas 81-95; también para las notas. Rako le envió a Trotsky una copia de esta carta, con otra de acompañamiento, el 7 de agosto de 1928. Esta carta que aquí te ofrecemos se encuentra en la Houghton Library, BMSRus 13, T 2206. Primero apareció en francés en *Contre le Courant*, números 27/28, 12 de abril de 1929, páginas 16-22, con el título “Transformations opérées pour le pouvoir sur le proletariat russe et le parti” [transformaciones producidas por el poder en el proletariado ruso y el partido], después en ruso en el *Biulleten Oppositsii*, número 6, octubre de 1929. Fue republicada en francés en *IVè Internationale*, vol 6, octubre/noviembre de 1948, después en *Les Bolcheviks contre Staline*, donde se la tituló “Les danger professionnels du pouvoir” [los peligros profesionales del poder]. La traducción [al francés] ha sido revisada en este número [de *CLT*] por Katia Peresse. G. N. Valentinov se había unido al Partido Bolchevique en 1915. Había sido redactor en jefe de *Trud*, el órgano de los sindicatos. Firmante de la declaración de los 83, fue deportado a principios de 1928 a Ust-Kulom.)

Estimado camarada Valentinov,

En sus *Reflexiones sobre las masas*, fechadas el 9 de julio, al plantear la cuestión de la “actividad” de la clase obrera, aborda un problema fundamental, el del mantenimiento por el proletariado de su papel hegemónico en nuestro estado. Aunque todas las reivindicaciones de la Oposición tienden precisamente a este objetivo, estoy de acuerdo con usted en que no se ha dicho todo sobre esta cuestión. En efecto, hasta ahora la hemos examinado siempre en relación con todo el problema global de la conquista y conservación del poder político, mientras que, para arrojar más luz sobre ella, debería haberse tratado aparte, como una cuestión particular con su propio valor. De hecho, en el fondo los mismos acontecimientos ya lo han evidenciado con esa importancia.

La Oposición mantendrá ante el partido el mérito, que nadie puede quitarle, de haber lanzado la voz de alarma ante el espantoso declive de la militancia de las masas trabajadoras y su creciente indiferencia ante el destino de la dictadura del proletariado y del estado soviético.

Lo que caracteriza la avalancha de escándalos, el hecho más característico, y que constituye el principal peligro, es precisamente esta pasividad de las masas (incluso mayor pasividad entre la masa comunista que entre la de los sin partido) ante las manifestaciones de arbitrariedad inaudita que se han producido: los obreros han sido testigos de ellas, pero, las han dejado pasar sin protestar o se han contentado con refunfuñar por miedo hacia quienes detentan el poder o, simplemente, por indiferencia política. Desde el escándalo del callejón de Tchubarovsky¹ (para no remontarnos a tiempos más pasados) hasta los últimos abusos en Smolensk, Artemovsk², etc., siempre se oye el mismo estribillo: “Hace mucho tiempo que lo sabíamos”.

Robos, prevaricaciones, violencias físicas, extorsiones, abusos de poder sin precedentes, arbitrariedad sin límites, borrachera, libertinaje: de todo esto se habla como

¹ Se trataba de una violación colectiva cometida por una docena de jóvenes obreros de la fábrica San Galli en Leningrado, de ellos muchos miembros de las J.C.

² Estos escándalos, descubiertos en 1928, pusieron al denudo la corrupción y descomposición moral de las capas dirigentes del partido, sus abusos de poder, violencias sexuales, robos, etc.

de hechos conocidos no solamente desde hace meses, sino desde hace años y que todo el mundo ha tolerado sin saberse por qué.

No necesito explicar que cuando la burguesía mundial despotrica a los cuatro vientos sobre los vicios del estado soviético, podemos ignorarlo con tranquilo desprecio. Conocemos demasiado bien la “pureza” de la moral de los gobiernos y parlamentos burgueses de todo el mundo. Pero no es en ellos en quienes tenemos que basarnos como modelo: en nuestro caso se trata de un *estado obrero*. Hoy en día, nadie puede negar ya los terribles estragos causados por la indiferencia política en el seno de la clase obrera.

Por ello, la cuestión de las causas de esta indiferencia y los medios que permitan remediarla es una cuestión esencial.

Pero ello nos impone la obligación de abordarla hasta al fondo, científicamente, analizándola hasta el final, íntegramente. Semejante fenómeno amerita que le acordemos nuestra más concentrada atención.

Las explicaciones que usted ofrece de este hecho son, sin duda, justas: cada uno de nosotros ya lo ha expuesto en sus intervenciones y ya se ha expresado parcialmente en nuestra *Plataforma*³. Sin embargo, estas interpretaciones, y los remedios propuestos para salir de tan penosa situación, han tenido y tienen todavía un carácter empírico; se refieren a casos particulares, sin resolver el fondo de la cuestión.

En mi opinión, esto se debe a que el tema es, en sí mismo, nuevo. Hasta ahora hemos conocido muchos ejemplos de debilitamiento, de declive, de la actividad de la clase obrera, no solamente hasta una verdadera apatía, sino, incluso hasta un estado de reacción política. Pero esos ejemplos se han producido, tanto entre nosotros como en el extranjero, en períodos en los que el proletariado luchaba todavía para conquistar el poder político.

Carecemos de ejemplos de este espíritu de declive del proletariado cuando detenta el poder en sus manos, por la simple razón de que nuestro caso es el primero en la historia en el que la clase obrera ha mantenido el poder durante tanto tiempo.

Hasta ahora, sabíamos lo que podía pasarle al proletariado, con otras palabras, las oscilaciones que pueden producirse en su estado de ánimo, cuando es una clase oprimida y explotada. Pero solamente ahora podemos apreciar, basándonos en hechos, las modificaciones que se efectúan en el estado de ánimo de la clase obrera cuando se convierte en la clase *dirigente*.

Esta posición política (de clase dirigente) no está exenta de peligros; por el contrario, éstos son inmensos. No estoy pensando aquí en las dificultades objetivas que se derivan del conjunto de las circunstancias históricas, el cerco capitalista en el exterior y el entorno pequeñoburgués en el interior del país. No, se trata aquí de las dificultades inherentes a toda clase dirigente nueva, que son consecuencia de la conquista y ejercicio del poder en sí mismo, de su aptitud o de su falta de aptitud para utilizarlo.

Comprenderá usted que esas dificultades existirían incluso en cierta medida, aunque supongamos por un momento que en todo el país sólo existen las masas proletarias y, en el exterior, estados proletarios. Se podría llamar a esas dificultades los “peligros profesionales del poder”.

En efecto, las posiciones de una clase en lucha por la conquista del poder y las de una clase que detenta en sus manos el poder, son diferentes. Repito una vez más que no tengo en cuenta las relaciones que existen con el resto de clases, sino las que se crean en el seno de la clase triunfadora.

¿Qué representa una clase que se lanza a la ofensiva? Un máximo de unidad y cohesión. Todos los intereses corporativos y de grupo, por no hablar de los intereses

³ Ver en nuestro sello hermano [Edicions Internacionals Sedov: *Plataforma de la Oposición Conjunta*](#).

individuales, pasan a segundo plano. Toda la iniciativa está en manos de la misma masa militante y de su vanguardia revolucionaria, ligada orgánicamente a esa masa de la forma más íntima.

Cuando una clase se apodera del poder, es una parte de ella misma la que deviene el agente de ese poder. Así surgió la burocracia. En un estado socialista en el que se les ha prohibido la acumulación capitalista a los miembros del partido dirigente, la diferenciación comienza siendo funcional y enseguida se convierte en social. Pienso aquí en la situación social de un comunista que dispone de un automóvil, de un buen apartamento, de unas vacaciones regulares, que cobra el salario máximo autorizado por el partido, en una situación muy diferente a la de un comunista que trabaja en las minas y cobra de 50 a 60 rublos mensuales. Y sabe usted que los obreros y empleados están divididos en 18 categorías diferentes...

Otra consecuencia consiste en que una parte de las funciones ejercidas anteriormente por todo el partido, o por toda la clase, pasa ahora a las atribuciones del poder, es decir, solamente a una determinada fracción de gente de ese partido, de esa clase.

La unidad y la cohesión, que en tiempos pasados eran consecuencia natural de la lucha revolucionaria de clases, sólo pueden mantenerse de ahora en adelante mediante todo un sistema de medidas cuyo objetivo es mantener el equilibrio entre los diversos agrupamientos de la misma clase y del mismo partido, a fin de someterlos al objetivo fundamental.

Pero éste es un proceso largo y difícil: consiste en educar a la clase dominante desde el punto de vista político, enseñarle ese saber hacer que debe adquirir, a tener en sus manos el aparato del estado, del partido y de los sindicatos, a controlarlos y dirigirlos.

Lo repito: es un asunto de educación. Ninguna clase ha llegado al mundo con el arte de administrar. Éste sólo se adquiere con la experiencia, con los errores que se cometen, es decir, extrayendo las lecciones de los que se han cometido. Ninguna Constitución Soviética⁴, por más ideal que sea, puede asegurarle a la clase obrera la aplicación sin obstáculos de su dictadura y su control gubernamental si el proletariado no sabe utilizar los derechos que se le otorgan. El desfase entre las capacidades políticas de una determinada clase, su saber hacer en materia de administración y las formas constitucionales y jurídicas que elabora para su uso al apoderarse del poder, es un hecho histórico. Se puede constatar en la evolución de todas las clases y también en parte en la historia de la burguesía. La burguesía inglesa, por ejemplo, entabló muchas batallas para modelar mejor de acuerdo con sus intereses las formas de su constitución, pero también para beneficiarse de sus derechos y, en particular, del su derecho al voto íntegramente y sus obstáculos. La novela de Charles Dickens, *Aventuras de M. Pickwick*⁵ contiene numerosas escenas de la época del constitucionalismo inglés en las que el grupo de dirigentes, ayudado por el aparato administrativo, hacían caer en los baches a las diligencias que transportaban a los electores de la oposición a fin de impedirles llegar a tiempo a las urnas electorales.

Este proceso de diferenciación es completamente natural en la burguesía que ha triunfado o está a punto de triunfar. Constituye, en efecto y en la acepción más amplia del término, una serie de grupos económicos e incluso de clases. Sabemos que existe la gran, la mediana y la pequeña burguesía. Sabemos que existen las burguesías financiera, comercial, industrial y agraria. A consecuencia de determinados acontecimientos con las

⁴ Ver en nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov la serie [La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos](#).

⁵ *The Posthumous Papers of the Pickwick Club*, traducida al castellano por B. Pérez Galdós como *Aventuras de Pickwick*.

guerras y las revoluciones, se producen reagrupamiento en el seno mismo de la burguesía; aparecen nuevas capas que comienzan a ejercer un papel propio, como por ejemplo los propietarios compradores de bienes nacionales, o los “nuevos ricos”, como se les llama, que surgen después de toda guerra más o menos larga. Durante la revolución francesa, en la época del Directorio, esos nuevos ricos constituyeron uno de los factores de la reacción.

De forma general, la historia del tercer estado que triunfó en Francia en 1789 es extremadamente instructiva. Al principio ese tercer estado era extremadamente variopinto. Englobaba todo aquello que no formaba parte de la nobleza y el clero: englobaba, así, no solamente a todas las variedades de la burguesía, sino también a los obreros y campesinos miserables. Sólo poco a poco, y tras una larga lucha, tras intervenciones armadas repetidas en numerosas ocasiones, se alcanzó en 1792 el derecho a la posibilidad, para el conjunto del tercer estado, de participar en la administración del país. La reacción política que se inició ya antes del Termidor consiste en que *el poder comenzó a pasar, formalmente, y de hecho, a manos de un número cada vez más restringido de ciudadanos*. Las masas populares, al principio por una situación de hecho y, después, también de derecho, fueron poco a poco apartadas del gobierno del país.

Cierto que aquí la presión de la reacción se hizo notar ante todo a lo largo de las costuras y soldaduras que unían en conjunto a los elementos de clase constitutivos del tercer estado. Es cierto también que, si se examina uno de los agrupamientos distintos en el interior de la burguesía, ésta no presenta contornos de clase tan precisos como los que separan, por ejemplo, a la burguesía del proletariado, es decir a dos clases ejerciendo un papel muy diferente en la producción.

Pero, igualmente, en el curso de la revolución francesa, durante el período de declive el poder no actuaba solamente separando, a lo largo de las líneas de soldadura o costura, a los grupos sociales que, todavía en vísperas, marchaban juntos, unidos por el mismo objetivo revolucionario común: también desagregaba a las masas sociales más o menos homogéneas. La especialización en la función (siendo la clase en cuestión la que producía y hacía salir de su seno a las capas superiores de funcionarios) he ahí el resultado de las fisuras que, bajo la presión de la contrarrevolución, se convirtieron en profundas grietas; y a consecuencia de ello, en el seno de la misma clase dominante nacieron contradicciones durante la lucha.

Los contemporáneos de la revolución francesa, sus protagonistas y, más aún, los historiadores de la época ulterior, se interesaron por las causas que favorecieron la degeneración del partido jacobino.

Robespierre, en más de una ocasión, puso en guardia a sus partidarios contra las consecuencias que podría acarrear la *borrachera del poder*: los previno para que, detentando el poder, no *presumiesen de ellos mismos*, “enorgullecerse” decía, o, como diríamos ahora, dejarse contaminar por la “vanidad jacobina”. Pero, como veremos más tarde, fue el mismo Robespierre quien contribuyó a que el poder se escapase de las manos de la pequeña burguesía apoyada en los obreros parisinos.

No citaremos aquí las indicaciones dadas por los contemporáneos sobre las diferentes causas de la desagregación jacobina, como, por ejemplo, la tendencia a enriquecerse, la participación en las adjudicaciones, en los suministros, etc. Señalamos más bien un curioso y muy conocido hecho: la opinión de Babeuf⁶, que pensaba que la caída de los jacobinos fue enormemente facilitada por las damas nobles que los apasionaban. Interpeló a los jacobinos en estos términos: “¿Qué hacéis, plebeyos pusilánimes? ¡Hoy os abrazan, mañana os estrangularán! (si hubiesen existido los automóviles en la época de la revolución francesa también se hubiera producido el factor

⁶ François Noël, llamado Camille, llamado Graco Babeuf (1760-1797) fue oponente de izquierdas a Robespierre antes de perecer en la “Conspiración de los Iguales”.

“autoharén”, sobre el que el camarada Sosnovsky señala que ha jugado un papel bastante importante para precisar la ideología de nuestra burocracia de los sóviets y del partido).

Pero lo que ejerció el papel más importante en el aislamiento de Robespierre y del Club de los Jacobinos, lo que le separó brutalmente de las masas (obreras y pequeñoburguesas), fue, junto con la liquidación de todos los elementos de izquierdas, comenzando por los enragés, los hebertistas y los chaumettistas⁷ (de forma general, toda la Comuna de París), fue la liquidación gradual del principio electivo y la substitución de éste por el principio de las *nominaciones*.

El envío de comisarios, a los ejércitos o ciudades donde la contrarrevolución levantaba la cabeza, era una medida no solamente legítima, sino indispensable. Pero, cuando Robespierre se puso a reemplazar, poco a poco, a los jueces y comisarios de las diversas secciones de París que habían sido hasta el momento elegidos igual que los jueces; cuando comenzó a nominar a los presidentes de los comités revolucionarios y se llegó a substituir a los funcionarios de toda la dirección de la comuna, no podía más que reforzar así a la burocracia y matar la iniciativa popular.

Así, el régimen de Robespierre, en lugar de reanimar el espíritu de actividad de las masas, ya tocado por la crisis económica y, sobre todo la crisis de subsistencias, agravaba aún más el mal y favorecía el trabajo de las fuerzas antidemocráticas. Dumas⁸, el Presidente del Tribunal Revolucionario, se quejaba a Robespierre de no poder encontrar ya jurados para este tribunal, nadie quería ejercer esas funciones.

Pero Robespierre probó en su propio caso, a su vez, esa indiferencia de las masas parisinas cuando el 10 de termidor fue paseado herido y sangrando por las calles de París sin temor a una intervención de las masas populares a favor del dictador de la víspera.

Sería ridículo evidentemente atribuir tanto la caída de Robespierre como la derrota de la democracia revolucionaria al *principio de las nominaciones*. Pero éste aceleró sin duda alguna la acción del resto de factores. Entre ellos, el papel decisivo lo ejercieron las dificultades de abastecimiento, causadas en parte por dos años de malas cosechas (así como también por las perturbaciones ligadas al paso de la gran propiedad agraria de los nobles a la explotación parcelaria de las tierras por los campesinos), por la incesante alza de los precios del pan y la carne, por el hecho que los jacobino no quisieran al principio recurrir a medidas administrativas para embridar la avidez de los campesinos ricos y los especuladores. Pero si, finalmente, los jacobinos se decidieron, bajo la violenta presión de las masas, a adoptar la ley sobre el máximo⁹, inevitablemente ésta no podía más que ser un paliativo pues funcionaba en el marco del mercado libre y de la producción capitalista.

Pasemos ahora a la realidad en que vivimos nosotros.

Creo que al principio es necesario señalar este hecho: cuando utilizamos las expresiones “partido” y “masas” es preciso no olvidar el contenido que ha puesto en esos términos la historia de los diez últimos años.

⁷ La facción de los “enragés” animada por Jacques Roux y Varlet fue portavoz de las reivindicaciones del pequeño pueblo de París y de las aspiraciones igualitarias: fueron eliminados en 1793. Su lugar fue parcialmente retomado por un grupo de responsables de la comuna parisina, parece ser que más demagogos que militantes. Pierre Chaumette (1763-1794), orador popular de los cordeliers, era procurador-síndico de la comuna y Jacques Hébert (1757-1794) fue su substituto; ambos fueron abatidos por el Comité de Salvación Pública de Robespierre.

⁸ René Dumas (1753-1794), vicepresidente y después presidente del Tribunal Revolucionario, quería organizar la resistencia al arresto de Robespierre, pero fue encarcelado y ejecutado al mismo tiempo que él el 10 de termidor.

⁹ El “máximo” era el precio máximo del grano que aseguraba en principio un precio del pan asequible para todos.

La clase obrera y el partido (no tanto *físicamente* como *moralmente*) ya no son lo que eran hace ahora diez años. No creo exagerar diciendo que el militante de 1917 apenas se reconocería en el aspecto que presenta el de 1928.

Se ha producido un profundo cambio en la anatomía y fisiología de la clase obrera. Según mi opinión, deberíamos concentrar nuestra atención en el estudio de esas modificaciones en los tejidos y en las funciones. El análisis de los cambios acaecidos tendrá que indicarnos la salida que permita escapar de la situación así creada.

No pretendo presentar aquí ese análisis y me limitaré solamente a algunas observaciones. Cuando se habla de la clase obrera sería necesario encontrar una respuesta a toda una serie de preguntas como, por ejemplo:

¿Cuál es el porcentaje de obreros ocupados actualmente en nuestra industria y que han entrado a ella tras la revolución, y el de los que trabajaban antes en esa industria?

¿Cuál es la proporción de aquellos que han participado anteriormente en el movimiento revolucionario, que han participado en las huelgas, que han sido deportados o encarcelados, que han intervenido en la guerra civil o en el Ejército Rojo?

¿Cuál es el porcentaje de los obreros que trabajan en la industria y lo hacen continuamente? ¿Cuántos trabajan en ella ocasionalmente?

¿Cuál es la proporción en la industria de los elementos semi proletarios, semi campesinos, etc.?

Si se desciende en vertical para penetrar en las entrañas de las masas proletarias, semi proletarias y, en general, trabajadoras, se encuentran capas de población enteras de las que se escucha hablar muy poco entre nosotros. No tengo aquí únicamente en cuenta a los parados, que constituyen un peligro cada vez más grande, bien señalado, sin embargo, por la Oposición. Pienso en las masas de mendigos, en las masas medio empobrecidas, que, gracias a las ínfimas ayudas otorgadas por el estado, campan en los límites del pauperismo, del robo y la prostitución.

No llegamos a imaginarnos cómo vive la gente, a veces apenas a unos pasos de nosotros. Ocurre que uno tropieza por azar con fenómenos de los que uno no puede incluso ni sospechar su existencia en un estado soviético, y que producen el efecto de un derrumbe súbitamente descubierto. No se trata de interceder a favor del poder soviético invocando el hecho que no ha podido todavía desembarazarse de la penosa herencia dejada por el régimen zarista y capitalista: no, sino que constatamos en nuestra época, bajo nuestro régimen, la existencia en el cuerpo mismo de la clase obrera de grietas en las que la burguesía podría hundir una cuña.

Anteriormente, bajo el poder burgués, la parte consciente de la clase obrera arrastraba con ella a esa gran masa, incluyendo a los semi vagabundos. La caída del régimen capitalista debía llevar a la liberación del proletariado *completo*. Los elementos semi vagabundos hacían responsables de su situación a la burguesía y al estado capitalista: esperaban que la revolución trajese un cambio. Hoy en día, esos medios no están contentos: su posición no ha mejorado, o casi no ha mejorado. Comienzan a considerar con hostilidad al poder de los sóviets y a la parte de la clase obrera que trabaja en la industria. Devienen particularmente hostiles a los funcionarios de los sóviets, del partido y de los sindicatos. A veces puede escuchárseles tratar a la cúspide de la clase obrera de “nueva nobleza”.

No me extenderé aquí sobre la diferenciación que ha introducido el poder en el seno del proletariado y que he calificado más arriba de “funcional”. La función ha modificado el mismo órgano, es decir que la psicología de quienes están encargados de las diversas tareas de dirección en la administración y la economía del estado ha cambiado hasta el punto en el que, no solamente objetivamente, sino subjetivamente, no solamente materialmente, sino moralmente, han dejado de formar parte de esta misma clase obrera.

Así, por ejemplo, un administrador de fábrica que ejerce de “sátrapa” aunque sea comunista, aunque sea de origen proletario, aunque, además, haya estado allí desde algunos años antes, no encarnará en absoluto a los ojos de los obreros las mejores cualidades del proletariado. Molotov puede muy bien poner tanto como le plazca un signo igual entre la dictadura del proletariado y nuestro estado con sus degeneraciones burocráticas, y, por si fuera poco, con los brutos de Smolensk, los estafadores de Tachkent y los aventureros de Artemovsk. Así, no hace más que comprometer a esa dictadura sin desarmar, sin embargo, el legítimo descontento de los obreros.

Si pasamos al mismo partido, además de todos los matices que encontramos en el seno de la clase obrera, hay que añadir aquí a los tráfugas de las otras clases sociales. La estructura social del partido es mucho más heterogénea que la del proletariado. Siempre ha sido así, naturalmente que con la diferencia que cuando el partido vivía una vida intensa desde el punto de vista de las ideas, transformaba en una sola aleación esa amalgama social gracias a la lucha de clases revolucionaria activa.

Pero el poder es la causa, tanto en el interior del partido como en el de la clase obrera, de la misma diferenciación que hace aparecer costuras que existen entre los diferentes elementos sociales.

La burocracia de los sóviets y del partido es un hecho nuevo. No se trata aquí de casos aislados, de errores en la conducta de camaradas individuales, sino de una categoría social nueva a la que sería necesario consagrar un tratado entero.

A propósito del proyecto de programa de la Internacional Comunista, le escribía particularmente esto a León Davidovich:

“Respecto al capítulo IV (período de transición). La manera de formular el papel de los partidos comunistas en la época de la dictadura del proletariado es muy débil. Es cierto que esta forma vaga de hablar del papel del partido ante la clase obrera y el estado no se debe al azar. Se señala la antítesis entre democracia burguesa y democracia proletaria. “Arrastrar a las masas a participar en la construcción”, “reeducar su propia naturaleza” (a Bujarin le gusta mucho hablar de esta última cuestión, y más en particular en relación con la cuestión de la revolución cultural): estas son afirmaciones exactas desde el punto de vista de la historia, y conocidas desde hace mucho tiempo; pero se convierten en lugares comunes si no se introduce en ellas la experiencia acumulada durante los diez años de dictadura del proletariado.

Aquí se plantea enteramente la cuestión de los métodos de dirección, cuyo papel es tan importante.

Pero a nuestros dirigentes no les gusta hablar de ello, no vaya a ser que se vea a la luz del día que ellos mismos están lejos de haber “reeducado su propia naturaleza”.”

Si estuviese encargado de escribir un proyecto de programa de la Internacional Comunista, hubiera consagrado no poco espacio en el capítulo (período de transición) a la teoría de Lenin sobre el estado durante la dictadura del proletariado, y sobre el papel del partido y de su dirección en la creación de una democracia proletaria tal y como debe ser, y no de una burocracia de los sóviets y del partido tal y como existe actualmente.

El camarada Preobrazhensky a prometido consagrar en su libro *Las conquistas de la dictadura del proletariado en el año XI de la revolución* un capítulo especial a “la burocracia de los sóviets”. Le he expresado mi confianza en que estudiará bajos todos sus aspectos este fenómeno sociológico particular. No existe ningún folleto comunista que no señale, al mismo tiempo que relata la traición del partido socialdemócrata alemán el 4 de agosto de 1914, el fatal papel jugado por las esferas burocráticas tanto del partido como del sindicato en la historia de la deriva de ese partido. Por el contrario, se han dicho muy pocas cosas, y además en términos muy generales, sobre el papel ejercido por nuestra burocracia de los sóviets y del partido en la desagregación de este último y del estado soviético. Sin embargo, este es un fenómeno sociológico de la mayor importancia que no

puede ser comprendido ni captado en toda su amplitud más que examinando las consecuencias que ha entrañado al modificar la ideología del partido y de la clase obrera.

Pregunta usted qué ha pasado con el espíritu de actividad del partido y de nuestro proletariado. ¿A dónde ha ido a parar su iniciativa revolucionaria? ¿A dónde han ido a parar su interés por las ideas, su valentía revolucionaria, su orgullo proletario? Se asombra usted de que haya tanta laxitud, cobardía, pusilanimidad, arribismo y tantas otras cosas que añadiría yo por mi parte. ¿Cómo puede ser que hombres con un cualificado pasado revolucionario, cuya honestidad personal no plantea dudas, que en numerosas ocasiones han dado ejemplos de su devoción por la revolución, se hayan transformado en desgraciados burócratas? ¿De dónde proviene esa horrible “smerdiakovtchina” de la que habla Trotsky en su carta sobre las declaraciones de Krestinsky y Antonovo-Ovseenko¹⁰?

Si bien se puede esperar que tráfugas provenientes de la burguesía y de la pequeña burguesía, intelectuales, individuos “aislados” en general, se desvíen desde el punto de vista de las ideas y de la ética, ¿cómo explicar el mismo fenómeno cuando se trata de la clase obrera? Numerosos camaradas constatan su pasividad relativa y no pueden disimular su desilusión.

Es cierto que otros camaradas han visto en determinada campaña ligada al almacenamiento de trigo síntomas de buena salud revolucionaria, una prueba de que los reflejos de clase todavía están vivos en el partido. Muy recientemente todavía, el camarada Ichtchenko me escribía (o más exactamente escribía en las tesis que ciertamente habrá enviado también a otros camaradas) que el almacenamiento de trigo y la autocrítica son el resultado de la resistencia de la parte proletaria del partido y de la dirección¹¹. Desafortunadamente hay que decir bien alto que esto no es cierto. Estos dos hechos son el resultado de una combinación establecida en las esferas superiores, y no se deben a la presión de la crítica obrera: que una parte de las cúspides del partido haya seguido esta línea de conducta se debe a consideraciones de carácter político, a veces de grupo, yo diría que de “fracción”. No puede hablarse más que de una presión proletaria, la que encabeza la Oposición. Pero hay que decirlo claramente: esta presión no ha sido suficiente para mantener a la Oposición en el partido y *a fortiori* no ha logrado modificar la posición de este último. Estoy de acuerdo con León Davidovich, que ha demostrado con una serie de ejemplos indiscutible el papel revolucionario, real y positivo que jugaron con su derrota determinados movimientos revolucionarios como la Comuna de París, o la insurrección de diciembre de 1905 en Moscú. La primera aseguró el mantenimiento de la forma republicana de gobierno en Francia, la segunda abrió la vía a las reformas constitucionales en Rusia. Sin embargo, el efecto de esas derrotas triunfantes es de corta duración si no se ven relevadas por una nueva oleada revolucionaria.

Lo que más entristece es que no se produce ninguna reacción por parte del partido y las masas. Durante dos años se ha desarrollado una encarnizada lucha entre la Oposición y las esferas dirigentes del partido. Durante los dos últimos meses se han producido acontecimientos que son capaces de abrir los ojos al peor de los ciegos. Sin embargo, no se siente que haya intervenido la masa del partido.

Asimismo, es comprensible el pesimismo del que ofrecen pruebas determinados camaradas y que siento que traspasa también sus preguntas.

A su salida de la Prisión de la Abadía, Babeuf¹², tras haber lanzado una mirada alrededor de él, comenzó a preguntarse qué había sido del pueblo de París, de los obreros

¹⁰ Smerdiakov, en la famosa novela de Dostoievski *Los hermanos Karamazov* es el cuarto hijo, ilegítimo, el asesino del padre, repugnante sobre todo por su servilismo. Este servilismo es el que Trotsky había resaltado en la capitulación de sus antiguos camaradas.

¹¹ A. G. Ichtchenko estaba entonces comprometido en la vía de la capitulación.

¹² Babeuf fue encarcelado bajo Robespierre y liberado tras su caída.

de las barriadas Saint-Antoine y Saint-Marceau, de aquellos que tomaron la Bastilla el 14 de julio de 1789, los palacios de las Tullerías el 10 de agosto de 1792, que asediaron a la Convención el 30 de mayo de 1793 (por no hablar de sus otras numerosas intervenciones armadas: resumió sus observaciones en una sola frase amargada por la amargura del revolucionario: “Es más difícil reeducar al pueblo en el apego a la Libertad que conquistar ésta”).

Hemos visto por qué el pueblo de París se desprendió de la atracción hacia la Libertad: el hambre, el paro, la eliminación de los cuadros revolucionarios (muchos de sus jefes fueron guillotinado), el alejamiento de las masas de la gestión del país. Todo ello provocó un desgaste de las masas tan fuerte, físico y moral, que el pueblo de París y del resto de Francia necesitó treinta y siete años de reposo antes de recomenzar una nueva revolución.

Babeuf formuló su programa en dos palabras (hablo aquí de su programa de 1794): “Libertad y Comuna elegida”.

Aquí debo confesar algo: nunca me dejé llevar por la esperanza de que a los jefes les sería suficiente con aparecer en las asambleas del partido y en las reuniones obreras para arrastrar tras ellos a las masas hacia la Oposición. Siempre consideré semejantes esperanzas, que provenían de los jefes de Leningrado¹³, como reminiscencias de la época en la que tomaban las ovaciones y aplausos oficiales como expresión del sentimiento verdadero de las masas, atribuyéndolos a su imaginaria popularidad.

Diría más: esto es lo que explica según mi parecer el brusco giro que dieron en su conducta¹⁴. Se habían pasado a la Oposición confiando en tomar el poder en un breve plazo. Se unieron a la Oposición en 1923 con ese objetivo. Cuando un miembro del “grupo sin jefes” les reprochó a Zinóviev y Kámenev haber abandonado a su aliado Trotsky, Kámenev respondió: “necesitábamos a Trotsky para gobernar; para volver a entrar en el partido, [ahora] constituye un peso muerto”.

Sin embargo, hubiera sido necesario tomar como punto de partida, como premisa, que la obra de educación del partido y de la clase obrera es una obra difícil e interminable, mucho más teniendo en cuenta que, además, se debe limpiar los cerebros de todas las impurezas que ha introducido en ellos nuestra práctica de los sóviets y del partido y la burocracia de esas mismas instituciones.

No hay que perder de vista que la mayoría de los miembros del partido (por no hablar de los jóvenes comunistas) tienen la más falsa concepción sobre las tareas, funciones y estructura del partido, a saber, la concepción que la burocracia les enseña con su ejemplo, su conducta práctica y sus burdas fórmulas. Todos los obreros que han entrado en el partido tras la guerra civil se han adherido a él en su gran mayoría después de 1923 (promoción Lenin)¹⁵ y no tenían ni idea de lo que había sido anteriormente el régimen del partido. La mayoría de ellos estaba desprovista de la educación revolucionaria de clase que se adquiere en la lucha, en la vida, en la práctica consciente. Anteriormente esa conciencia se obtenía en la lucha contra el capitalismo; ahora, deberá formarse participando en la construcción del socialismo. Pero, como nuestra burocracia ha hecho de esa participación una simple frase hueca, los obreros no adquieren en ninguna parte esa educación. Evidentemente excluyo (como método anormal de educación de

¹³ Aquí se llama “jefes de Leningrado” (en realidad los jefes de la Oposición de Leningrado del 1925) a Zinóviev y Kámenev.

¹⁴ Rako alude a la capitulación de Zinóviev y Kámenev ante Stalin durante el XV Congreso del partido que, después de su denuncia de la Oposición de izquierda a principios de 1928.

¹⁵ La XIII Conferencia del partido, tras la muerte de Lenin y la derrota de la oposición, decidió reclutar masivamente a 200.000 obreros de la industria que debían constituir la “promoción Lenin” y que fueron admitidos en todas las responsabilidades sin período de prueba. Esta masa políticamente atrasada anegó al viejo partido.

clase) el hecho que nuestra burocracia, disminuyendo los salarios reales, agravando las condiciones de trabajo, favoreciendo el desarrollo del paro, provoca a los obreros a la lucha y despierta su conciencia de clase, pero ésta es así hostil al estado socialista.

En la concepción de Lenin, y en la que tenemos todos nosotros, la tarea de dirección del partido era precisamente la de preservar al partido y a la clase obrera de la acción corruptora de los privilegios, de los favores y de las tolerancias inherentes al poder en razón del contacto de ésta con los restos de la vieja nobleza y de la pequeña burguesía. Era necesario prevenir la influencia perversa de la Nep, la tentación de las costumbre e ideología burguesas.

Al mismo tiempo, teníamos la esperanza que la dirección del partido crearía un nuevo aparato realmente obrero y campesino, nuevos sindicatos realmente proletarios y nuevas costumbres en la vida cotidiana.

Hay que decirlo franca, clara y abiertamente: el aparato del partido no ha realizado esa tarea; en ese doble papel de preservación y educación, el aparato del partido ha dado pruebas de la más completa incapacidad. Ha fracasado, ha quebrado.

Estamos convencidos desde hace mucho tiempo, y los últimos meses deben habérselo demostrado a todos, que la dirección del partido marchaba en una vía extremadamente peligrosa. Sigue marchando en esa vía.

Los reproches que le dirigimos no conciernen, si puede decirse así, al aspecto *cuantitativo* de su obra, sino a su aspecto *cualitativo*. Hay que señalar este punto si no queremos que de nuevo se nos ahogue con cifras concernientes a los éxitos infinitos e integrales obtenidos por el aparato de los sóviets y del partido.

Hay que acabar con esa charlatanería estadística.

Abrid el informe del XV Congreso del partido. Leed el informe de Kossior¹⁶ sobre la actividad organizativa. ¿Qué se encuentra en él? Cito textualmente: “Enorme crecimiento de la democracia en el seno del partido... La actividad de organización del partido se ha extendido enormemente”, etc.

Sin embargo, conociendo a nuestra burocracia, no me sorprendería leer o escuchar hablar de nuevo en alguna parte del “enorme” y “colosal” crecimiento del espíritu de actividad de las masas del partido, del trabajo organizativo del comité central implantando la democracia...

Considero que la burocracia del partido y de los sóviets que existe actualmente continuará con los mismos éxitos cultivando a su alrededor abscesos purulentos a pesar de los resplandecientes procesos producidos el último mes. Esta burocracia no cambiará a causa de la depuración. Evidentemente no niego, en este caso, la utilidad y absoluta necesidad de esa depuración. Simplemente quiero señalar que no se trata solamente de cambiar de personal, sino, sobre todo, de modificar los métodos.

En mi parecer, la primera de las condiciones para que nuestra dirección del partido pueda ejercer un papel educador es reducir las dimensiones y funciones de esa dirección. Debe despedirse a las tres cuartas partes del aparato. A las tareas de la cuarta parte restante se les deben de marcar límites severamente determinados; ello debe aplicarse también a las tareas, funciones y derechos de los órganos centrales.

Los miembros del partido deben recuperar sus derechos, que han sido pisoteados, y recibir garantías seguras contra la arbitrariedad a la que se han acostumbrado las capas superiores.

Es difícil imaginarse qué pasa entre los cuadros inferiores del partido. La mediocridad de ideas de esos cuadros, así como la influencia corruptora que ejercen en la

¹⁶ Se trata evidentemente de S. V. Kossior (1889-1939), entonces suplente en el buró político y vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, no de su hermano V. V. Kossior, miembro de la Oposición de Izquierda y deportado.

masa obrera del partido, se han manifestado sobre todo en la lucha contra la Oposición. Si todavía había entre las cúspides cierta línea de conducta desde el punto de vista ideológico, una línea errónea y sofista, ciertamente que mezclada con una buena dosis de mala fe, por el contrario, en los escalones inferiores se han utilizado contra la Oposición, sin ninguna moderación, argumentos demagógicos. A los agentes del partido no les molesta explotar el antisemitismo, la xenofobia, el odio contra los intelectuales, etc....

Considero que cualquier reforma del partido que se apoye en la burocracia del partido sería utópica.

Resumo: aunque constato con vosotros la ausencia de espíritu de actividad de la masa del partido, no veo en ese fenómeno nada de sorprendente. Es el resultado de todos los cambios que se han producido en el partido y en el mismo proletariado. Hay que reeducar a la masa obrera y a la masa del partido dentro de los marcos del partido y los sindicatos. Este proceso en sí mismo es difícil y de larga duración, pero es inevitable y ya ha comenzado. Aunque no han hecho mucho por la educación comunista de nuestro partido, la lucha de la Oposición, la exclusión de centenares y centenares de camaradas, las prisiones y las deportaciones, han hecho mucho más, en cualquier caso, que todo el conjunto del aparato. En el fondo, no pueden ni compararse esos dos factores: el aparato dilapida el capital del partido dejado por Lenin, no solamente de forma inútil, sino de forma nociva. El aparato derriba mientras que la Oposición construye.

Hasta el presente he razonado haciendo abstracción de los hechos de nuestra vida económica y política que se han analizado en la plataforma de la Oposición¹⁷. Lo he hecho a propósito pues tenía como objetivo señalar las modificaciones que se han producido en la composición y psicología del partido en relación con la conquista del poder en sí mismo. Ello le ha podido dar a mi exposición un carácter unilateral; pero, sin este análisis preliminar, sería difícil comprender el origen de los errores políticos y económicos cometidos por nuestra dirección respecto a los campesinos y en las cuestiones obreras de la industrialización, del régimen interno del partido y, por fin, de la administración del estado.

Serie [Rakovsky, Khristian \(Rako\)](#)



germinal_1917@yahoo.es

¹⁷ *Plataforma de la Oposición Conjunta*, en *Obras Escogidas de León Trotsky en español* – EIS.